

Colofón

SOBRE LOS SEPARADORES

“(. . .) Lo primero que hemos de tener claro es que el juego es una función elemental de la vida humana, hasta el punto de que no se puede pensar en absoluto la cultura humana sin un componente lúdico (. . .)” (Gadamer, 1991).

Nuestros recuerdos, conductas y actos hacen parte de la historia que como individuos vamos construyendo con el pasar de los días. Pero esta historia no es solamente nuestra, también la compartimos con todos aquellos con los cuales hemos tenido alguna relación en el devenir de nuestra existencia, los influenciamos y de igual forma ellos lo hacen con nosotros.

En las primeras etapas de nuestra vida, alegres y fascinados por la complejidad del mundo y sus objetos, jugamos a ser astronautas, conductores de vehículos fantásticos, constructores de gigantescos edificios o simplemente nos maravillamos con la sinuosidad de una cometa impulsada por el viento, el movimiento colorido de una veleta, o la redondez y el equilibrio de una canica. Jugando nos conocemos a nosotros mismos y a otros que nos acompañan en la construcción de mundos ficticios, donde todo es posible. Aprendemos a conocer reglas y a respetarlas, ellas garantizan el equilibrio y el buen desarrollo del juego, o a ser negociadores de paz en el caso de que éstas, no sean claras, o no las hayamos contemplado al iniciarlo.

En algunas ocasiones movidos por nuestra curiosidad desarmamos nuestros juguetes con el deseo inmenso de conocer cómo funcionan, por qué suenan, de dónde salen los colores que aparecen cuando se desplazan. Los transformamos interviniéndolos con otras piezas, los adecuamos según nuestras necesidades o simplemente los modificamos de tal forma, que terminan convirtiéndose en lo que imaginamos que sean.

Los años pasan y los juguetes que ‘adornaban’ nuestra habitación son acumulados de forma desordenada en algún clóset o recipiente que los esconda. Ya no esperamos con ansias su llegada, no soñamos con despertarnos y encontrar junto al árbol de navidad, perfectamente empacado, ese avión o cohete con el que tanto habíamos fantaseado. Queremos alejar de nuestras vidas todo lo que signifique infancia.

Viene la adolescencia con nuevos ritmos, nuevas experiencias, pero con el pasar de los días, puede suceder que por casualidad uno de nuestros juguetes aparezca, haya escapado de la cárcel en la cual se encontraba confinado. Con él vienen los recuerdos, momentáneamente pensamos en lo que queríamos ser y en lo que somos ahora. Nuestra historia toma fuerza, nos cuestiona y de momento nos sentimos inventores, jueces, pilotos, astronautas, arquitectos, constructores. La alegría nos embarga y vemos posible lo imposible.

Podríamos hacer del juego, de las emociones que nos suscita, el mejor insumo para escoger una carrera profesional y hacer de nuestro trabajo un espacio lleno de entusiasmo, de pasión inmensa por descubrir, crear y plasmar en hechos, toda la creatividad de la que somos capaces.

El juego nos cuestiona, nos hace hábiles observadores, nos permite sistematizar y estructurar nuestras experiencias, deducir de ellas principios o leyes generales. Nos hace expeditos a la hora de ejecutar procedimientos, producto de nuestras reflexiones y observaciones con el fin de mejorarlos, si es del caso, o transmitirlos a otros, que desean seguir nuestros pasos. En última instancia, es una experiencia perfecta para cultivar todas aquellas cualidades que se necesitan para ser grandes científicos e investigadores, en las diversas áreas del conocimiento humano.

Lázaro Mesa Montoya

Frank Vélez Penagos